

opinión



RATAPLÁN

por Francisco Correal

Las otras Memorias de África



*Con una planta de tío
hecho para la paz y la
concordia*

El día que lo conocí, Eduardo del Campo estaba recitando en un bar un poema titulado Las otras Memorias de África. Era uno de los representantes de la novísima generación de poetas locales que se mezclaban en unas jornadas con poetas ya consagrados de diferentes tendencias. Se fotografiaron todos juntos en la Carbonería: allí estaban José Agustín Goytisolo, Juan Luis Panero, Francisco Brines. Eduardo todavía no había dado el gran salto, el que lo convertiría en un reportero de primera. Coincidimos en tres periódicos distintos: en cierta forma lo apadriné cuando apareció casi imberbe y melencólico en el Polígono Calonge, donde estaba Diario 16 Andalucía. No voy a dar el nombre del eximio columnista que tiró a la papelera un reportaje espléndido que Eduardo se trajo de Pereira, en el corazón de la selva colombiana.

Pese a su juventud y aunque le falta un Vietnam en su currículum, es de esa estirpe de los Manu Leguineche, Manuel Alcalá, Arturo Pérez-Reverte, Jesús González Green. Un corresponsal de guerra,

de las guerras, con una planta de tío hecho para la paz y la concordia. De los sitios donde roza el peligro se trae siempre una cajita con respuntes de cariño, una semilla que empieza a crecer y se convierte en amigos que hablan otros idiomas. En su boda, le hizo el reportaje gráfico un fotógrafo italiano que había ganado el World Press Photo. Lo debió conocer en uno de los muchos fregados donde se metió. Fue por libre a los campamentos de Ruanda y Burundi y a Afganistán. De ambos destinos envió espléndidas crónicas que le publicaron en la edición dominical de El País. Su foto con la cara ensangrentada por una agresión policial en el centro de Tirana apareció en la portada de El Mundo, con el que colaboraba cuando cubría la revuelta contra el poder establecido en Albania.

Después de coincidir en Diario 16 y en El País, propuse su nombre para incorporarlo al equipo fundacional de Diario de Sevilla. Lo rescataron de Nueva York. Abandonó la vida en la Gran Manzana, las clases de Español en Harlem y volvió a su Sevilla natal para alojarse con Cristina, su chica, en una casa del Corral del Conde. Cubrió

para el Diario de Sevilla el conflicto de Kosovo. Lo fichó El Mundo, el mismo periódico en el que fue portada aquel día que yo le dediqué una columna en la que recordaba el apelativo futbolístico con el que todavía lo conocemos: Caniggia. Ahora el mismo cura que lo casó, Pepe Chamizo, ha presentado el último viaje de Eduardo, el libro Odiseas (Fundación José Manuel Lara), cuatro historias de inmigración y una de emigración. En la presentación, el camerunés Albert Yaka interpretó un par de canciones. Es el primer protagonista de su libro. Un personaje del Decamerón, de la picaresca, que viajó desde su país a Nigeria para conocer a un grupo musical que se había disuelto y empezó una peregrinación por cinco países africanos, se casó con una marfileña y terminó saltando la valla de Melilla. Las otras memorias de África de Eduardo del Campo.